

quería que la autoridad del Estado se restringiese en lo sumo posible. Aspirando a una forma de libertad digna del nombre, se oponía a que el Gobierno metiese la mano en cosas que estaban fuera de su jurisdicción, o sirviese a alguien de mano de gato para sacar el ascua. Miraba las tarifas arancelarias proteccionistas y las llamadas mejoras interiores—esos planes grandiosos para acelerar la prosperidad—con la repugnancia del conservatismo, la cual manifestó en caricaturas divertidas. En *Westward Ho!* (Al oeste!) introduce un tabernero francés de una aldea del Misisipí a quien poco le gustaban las mejoras yanquis, de las cuales dice quejosamente: «¡Diable, monsieur! ¡otra mejora! El año pasado me imponen una contribución para una gran mejora pública, un camino para ir no sé adónde. ¡Eh bien! yo pago. Y este año me imponen una contribución para otra gran mejora pública—muy grande—voilà, monsieur, otro camino, al lado del primero, para ir al mismo lugar. ¡Ah monsieur le colonel! Seré muy rico; ¡oh, riquísimo de veras, con estas grandes mejoras! Me quitan toda mi tierra para la gran mejora; me quitan todo mi dinero para pagar por ella, y luego me dicen que mi tierra vale cuatro, seis veces más que antes. ¡Peste! ¿De qué me sirve eso cuando toda mi tierra se la han llevado para la maldita mejora pública, eh? ¡Muy rico seré entonces! ¡Diable! Quisiera irme a algún país en que todo ande